

POSTMODERNIDAD, SU IMPACTO CULTURAL

DR. ALBERTO PARRA, S.J.

Filósofo Catedrático Universidad Javeriana, Investigador y Escritor
Disertación en los Martes del Planetario, "Colombia: Un camino hacia el futuro". Segundo Semestre de 1998, evento organizado por la Sociedad Geográfica de Colombia

1. EL NUEVO SUCEDER

Escrutar la postura de los astros, inferir sus influjos, presagiar el entrecruce de los signos zodiacales y las características de la nueva era astral no es despreciable. Probablemente tampoco sea científico. Y ciertamente no equiparable ni homologable con la manera bíblica y cristiana de escrutar los signos de los tiempos.

Ello no impide registrar que la astrología se aventura hoy por los cambios profundos que se adivinan en el devenir del planeta. Y que esa pretendida interacción de fuerzas astrales y de fenómenos humanos se insinúa hoy con el rótulo de *Nueva Era*.

Otros, en cambio, hacen recurso a los espacios de la geometría y postulan un cambio inminente de *dimensión*. Y la *dimensión*, que hace referencia a la situación del ser en el espacio, parece postular la superación definitiva de lo unidimensional premoderno y de los volúmenes modernos, como para entrever los cambios sustantivos que ya se insinúan en el ciberespacio postmoderno y en la realidad virtual.

El lenguaje de la ingeniería y de la lingüística se refiere a las mutaciones de final de milenio como cambios en la *estructura*, es decir en la correlación de los elementos múltiples que conforman los subsistemas, los sistemas y los macrosistemas del complejo entramado de lo personal, de lo familiar, de lo ciudadano, de lo económico, de lo político, de lo cultural y religioso.

El mundo de las ciencias, a su vez, acostumbra a distinguir *paradigmas*, entendidos como los diversos marcos teóricos para la investigación, provisorios sí, pero funcionales mientras no resulten nuevos datos que los contradigan y los hagan disfuncionales e ineptos. El final de la modernidad vendría caracterizado, precisamente, por un cambio de paradigma científico, en cuanto que los paradigmas de la ciencia moderna se verían hoy desafiados y corregidos por nuevos datos que será preciso formular e integrar en el paradigma de las ciencias postmodernas. Nominalmente, en la economía globalizada y en la sociología de la aldea planetaria; en la arquitectura y en las artes visuales; en la literatura y en los lenguajes paralógicos; en los sistemas de comunicación y en la cibernética; en la producción de conocimientos y en las bases de datos; en la informática y en la telemática; en la genética y en la bioética; en los estilos de vida y en el comportamiento práctico.

Los filósofos, por su parte, anuncian un cambio de *horizonte*. Para ellos, con Husserl a la cabeza, el horizonte es el ámbito en el que surgen las cosas que no pueden ser tales mientras no se capte la realidad de su sentido. Un cambio de horizonte de captación de los seres y de percepción diferente de su sentido serían la característica de este momento, con el que se pone fin a los horizontes filosóficos propios de la primera y de la segunda modernidad.

La crisis de modelos y el surgimiento de *modelos* nuevos dice relación con el lenguaje de los economistas, que se amplía más allá de la economía para postular nuevas formas concretas de organización empírica, de gestión práctica y de inteligencia funcional. Nuevos modelos económicos, nuevos modelos políticos, nuevos modelos sociales, nuevos modelos religiosos son metalenguajes que indican formas inéditas de nuevas relaciones en los más diversos aspectos del funcionamiento práctico.

En fin, es posible que los historiadores no puedan ya referirse a la época antigua, a la moderna y a la contemporánea, sino que se vean obligados a postular una nueva *época* o período circunscrito por tiempo y por espacio, por ideas, por modos y por modas, que por sus características no encuadran ya en la comprensión histórica de las épocas anteriores.

Pero la conciencia unánime de astrólogos y de científicos, de filósofos y de historiadores, de economistas y de gramáticos concuerda en que algo diferente ha comenzado a suceder y que ese nuevo suceder puede ser caracterizado como nueva era, nuevo paradigma, nuevo horizonte, nueva dimensión, nuevo modelo, nueva estructura y nueva época, que nos abren a perspectivas inéditas y a realizaciones inopinadas que retan la imaginación y espolean la esperanza.

2 . LA PRIMERA EPOCA HA PASADO

Llega a su fin nuestro siglo XX bajo el signo, fatídico o promisorio, de lo postmoderno.

Para unos, como una bancarrota de lo moderno. Porque el hombre y la sociedad postmodernas abjurarían de los valores y conquistas de la modernidad .

Para otros, como el punto de llegada de la modernidad. Porque, sin renuncias ni vergüenzas, la civilización de occidente se aprestaría a una nueva etapa postmoderna desde todo lo logrado y alcanzado por la modernidad.

Para otros, como forma compleja de relación con lo moderno, a partir de una recepción analítica y crítica, económica y política de cuanto ha logrado pero también frustrado la modernidad.

Para otros, lo postmoderno señalaría un dejar atrás radicalmente, y abrirse a una etapa cualitativamente diferente, sin conexiones ni dependencias respecto de lo moderno y de la modernidad.

Sea lo que fuere, es evidente que lo postmoderno, desde su misma semántica y desde su misma etiología, no se postula sino desde el punto referencial de lo moderno y de la modernidad. Como es evidente que lo moderno no se postula sino desde el punto referencial de lo antiguo y de la antigüedad.

Antiguo o premoderno, moderno y postmoderno se entrelazan en la semántica. Pero constituyen tres formas o talentos, tres horizontes o paradigmas, tres estructuras o dimensiones. Cada uno de ellos propone elementos que juzga coherentes en el campo del conocimiento y de la acción para asumir responsablemente la historia y la existencia, la realidad situada y el compromiso histórico.

Y no es que las tesis de los pensadores y filósofos antiguos, modernos o postmodernos sean las determinantes para entrever y para actuar nuestros destinos y responsabilidades. Es que nuestros destinos y nuestro propio suceder pertenecen por necesidad a ese como sistema ecológico de las grandes coordenadas del mundo, que son imposibles de ser negadas o pretermitidas, si se quiere hacer la lectura del suceder de la historia conjunta de los pueblos y de los hombres. Y si se quiere tomar el pulso a la historia del presente y del futuro para atender los nuevos retos y desafíos que nos señalan el final de este siglo y de este milenio y los comienzos de un nuevo siglo, de un nuevo milenio y de un nuevo horizonte postmoderno.

3 . FORMAR NO ES REFORMAR

Otear la postmodernidad y dejar sentir sus desafíos debe ser característica de los pueblos jóvenes, acostumbrados como deben estar al soplo impetuoso y al paso del Espíritu de Dios por la historia. Lo propio de las sociedades envejecidas no es la apertura hacia el futuro, sino la reforma hacia el pasado.

Así, la reforma medieval y renacentista se hizo devolviéndose a la antigüedad clásica. El renacimiento fue un nuevo nacimiento de las formas clásicas de la antigüedad.

A su vez, la reforma moderna que asomó con Erasmo y con Lutero se atajó con una contrarreforma que se volcó hacia los medievales, a sus tesis, a sus sumas y a su sociedad jerarquizada.

La segunda modernidad en los círculos de la sociedad decadente fue satanizada y culpada de los más graves males, hasta el punto de ser definida como espíritu del mal e imperio del mal. Los desarrollos de la sociedad no capitalista o no alineada se impidieron y se persiguieron con un volcamiento hacia la pre-modernidad medieval y barroca, o hacia la primera modernidad industrial y capitalista.

Y la postmodernidad, en curso desde los años 70, comienza a ser frenada desacreditando los personalismos, los existencialismos, las filosofías de la praxis y la moral de los consensos. Se pretende volver a los relatos únicos centralizados, a las metafísicas universalistas, a los modelos únicos de economía y de sociedad y a la restauración de éticas y de disciplinas asfixiantes. Muchos reformadores sociales no son más que heraldos de la restauración de los viejos valores, de los viejos objetivismos, de los viejos moralismos, de los viejos catecismos, de los modelos de economía y sociedad propios del *ancien régime*.

En muchos ambientes se pretende la reforma política, social o familiar por involución hacia paradigmas y modelos del pasado. Como queriendo encontrar seguridades en lo ya conocido y experimentado, en lo ya sabido y declarado. La involución y la restauración no se explican sino por el temor de algunos por las aventuras del espíritu humano en dirección de lo desconocido y del insondable misterio del tiempo y de la historia, que nos impelen a no aferrarnos en definitiva a ninguna forma humana, a una moda, a una forma de pensar o de ser, a una institución, a un único modelo de desarrollo o de organización ciudadana.

La reforma de la sociedad no debe ser confundida con el proceso de volver a darle la misma forma de antes. Debiera significar re-formarla en el sentido de volver a crearla. No se trataría de repartir más de lo mismo y de volver a realizar hoy lo mismo de antes. Ni de repetir la historia, sino de gestar la historia que no se ha hecho.

Sólo así la dialéctica de la historia produce el cambio cualitativo hacia adelante. Y sólo así podemos convencer de falsedad las tesis que, con motivo de la caída de los socialismos del Este, pretenden tocar la trompeta apocalíptica con que se anuncie "*el final de la historia y el último hombre*".

4 . SEÑALES DEL HORIZONTE POSTMODERNO

Referirse a aquello que no existe como acto, sino apenas como señal del tiempo no es apodictismo, pero tampoco futurología¹. El horizonte que adviene no es realidad dada, sino apenas incoada. No es aferrable por verificación, sino por presagio. Por ahora contamos solo con señales indicadoras del tiempo en una nueva época de la historia, si es verdad aquello que se va repitiendo: que no es esta una época de cambio, sino de cambio de época.

Para referirse a ese *quid* por sus señales hoy se acuñan muchos combinados con post: post-ilustración, post-modernidad, post-capitalismo, era post-industrial, post-marxismo, post-socialismo, post-historia. El post es indicativo de lo que está más allá o de lo que viene después de. Pero con ello no se prejuzga que todos los conglomerados sociales vayan más allá o se aventuren al después de. Por el contrario, muchos involucionan hoy desde la segunda modernidad social a la primera modernidad capitalista. Y hay quienes se devuelven hasta la premodernidad objetivante, historicista y feudal. Porque el gran peligro es que la postmodernidad se conciba abiertamente como anti-modernidad y sirva, entonces, de escape y subterfugio a quienes abjuran de la razón ilustrada y de las metacríticas y se empeñan en el esfuerzo inane de hacer devolver los ríos de la historia y de involucionar la aventura perenne del espíritu en el tiempo.

La sociedad postmoderna no puede levantarse sobre las ruinas de la modernidad o sobre su negación. Si ese fuera el presupuesto, la sociedad postmoderna, como advierte Habermas², estaría firmando su propia sentencia de muerte. Ser postmoderno no puede significar un regreso a las cavernas.

Es que muchos movimientos, asociaciones, intelectuales y gentes de a pie disfrazan sus posturas anticuadas con visos de postmodernidad mal entendida: se cayó Marx, se cayó Hegel, se cayeron las ideologías modernas, iluego vuelta a la premodernidad, a lo medieval, a lo clásico!. Entonces se involuciona sin reato alguno a la verdad objetiva, supuestamente garantizada por las fórmulas positivistas de los códigos, las doctrinas y los catecismos; a la moral objetiva que paraliza la subjetividad de las conciencias; a los juridicismos y territorialismos de nueva cristiandad; a los rigorismos de las disciplinas y de las dogmáticas formales; a las filosofías del ser y a las preceptivas formales del conocer. El neoaristotelismo y la neoescolástica reencuentran hoy ambientes primaverales, tras los supuestos desencantos de la primera y de la segunda modernidad. Es sintomático que los apologistas neoliberales del momento fundamenten sus tesis neoconservadoras en ciertos pasajes de Santo Tomás de Aquino. No otro es el proceder de los grupos y movimientos, asociaciones y cofradías neoconservadoras y su correspondientes teorizaciones de nueva derecha.

Por el contrario, las sociedades postmodernas, avisoras del futuro, no nostálgicas del pasado, han iniciado una recepción crítica de la modernidad, que abarca, por lo menos, estos tres momentos o elementos de la dialéctica:

1) Una ratificación de todo aquello positivo de la modernidad con relación a la premodernidad, y de todo lo mucho positivo de la segunda modernidad con respecto a la primera. No es imaginable una sociedad postmoderna que renunciara a la razón ilustrada; a la mayoría de edad del sujeto; a la ciencia autónoma en sus principios y en sus métodos; al conocer práctico ligado a la transformación de la naturaleza; a la crítica de la sociedad industrial y capitalista; al derecho de los pobres; a los ideales humanos y cristianos de la socialización como reserva de humanidad de este planeta.

2) Esa ratificación de la primera y de la segunda modernidad no impide, sino que exige una crítica y una resistencia frente a todo aquello moderno que ha obstaculizado la libertad del pensamiento y la liberación de la miseria de la realidad. Ratificar la tradición de la modernidad no se resuelve en un simple conservar, sino también en rechazar; no en un simple reeditar, sino también en abolir. Porque es urgente percibir que la modernidad, de subjetiva ha devenido nuevamente objetiva; de libre, ha vuelto

a ser normativa; de ecléctica y plural ha sobreexaltado un único elemento del progreso como son el capital y el mercado; de vuelo del espíritu subjetivo ha decaído a términos de eficacia y de grosera comercialización del pensamiento, de la conciencia, de la obra de arte, del libro, de la propia dignidad y oficio. La postmodernidad posiblemente sea un intento señero por liberarse de todo aquello que la modernidad ha objetivado de nuevo y ha hecho normativo, sin que haya ofrecido espacio real a sus propios ideales libertarios, a la fraternidad, a la igualdad, a la solidaridad. La razón ilustrada tiene que ser liberada de su interna contradicción, toda vez que la razón moderna ha planeado sobre la realidad, sin que el pensamiento produzca cuanto la realidad reclama.

3) La ratificación de la modernidad y su crítica indispensable no arrebató a la postmodernidad el derecho y el deber propios de toda época y generación de ser sí misma autónoma y responsablemente, más allá de paradigmas, modelos y estilos anteriores que resulten presumiblemente estrechos para las nuevas experiencias, las nuevas lógicas, el nuevo arte, la nueva música, la nueva moda. No porque de la postmodernidad se deban esperar iotra vez! nuevos referentes objetivos y normativos o sentidos trascendentales y universales de consenso sobre aquello que es o que no es postmoderno, sino porque la postmodernidad reclama el derecho de la subjetividad con que pueda liberarse de la tenebrosa repetición, de la parálisis en lo ya dicho, sabido y experimentado en etapas anteriores de la humanidad. La sociedad postmoderna en el nuevo milenio no puede ser portavoz de los muertos por importantes que hayan sido, ni puede seguir cocinando a perpetuidad en las mismas ollas y con las mismas salsas que han devenido repetitivas e insípidas.

En esta tensión de recepción crítica de la modernidad se bifurcan hoy los caminos y se tornan complejas las posiciones.

Postmodernidad habermasiana como reconstructivismo

La metacrítica que caracterizó a la segunda modernidad conoce hoy una ratificación, pero al mismo tiempo una depositivización con respecto a ciertos planteamientos del marxismo ortodoxo. El reconstructivismo lógico habermasiano no abjura del materialismo histórico³, sino que más bien lo reconstituye y lo amplía con las tesis del conocimiento ligado al triple interés *adaptativo, comunicativo y emancipador*, que constituyen base y origen de las ciencias de la naturaleza, de las ciencias humanísticas y de las ciencias sociales. Así el reconstructivismo lógico ratifica la posición crítica ante el conocimiento subjetivista trascendental desligado de la transformación real de la vida. Pero al mismo tiempo amplía el panorama que el marxismo estrechó en demasía con la sola y única perspectiva del mundo del trabajo material para la transformación material de las condiciones de vida, con escasa o ninguna preocupación por zonas tan capitales como lo humanístico-cultural y lo emancipador político-social. El "*trabajadores del mundo, uníos*" tiene que dar cabida a actores, prácticas y saberes no tan estrechos como los del proletariado contrapuesto a todo lo demás. Así se reconstituye una de las tesis fundamentales de la segunda modernidad, al tiempo que se amplía la categoría de trabajo y de ciencia y se retorna a una más compleja teoría general de las ciencias, con sus praxis diferenciadas y con sus diversos actores reivindicados⁴.

Corre también por cuenta del reconstructivismo la crítica a la razón funcionalista propia de la modernidad. La razón subjetivista moderna ha producido un saber fragmentado por el que responden los especialistas en una lógica cognitivo-instrumental, sin arreglo a un mundo que les sea común y a una teleología de la acción que se pueda establecer sobre consensos de los diversos actores y participantes⁵. A la sinsalida de la razón y de la acción subjetivista moderna hay que oponer una teoría de la razón y de la acción comunicativas, y desde ahí establecer las nuevas responsabilidades finalísticas y éticas sobre aquello que los diversos participantes deben poner o abolir en el mundo común de la vida. Así la sociedad de última modernidad o de abierta postmodernidad podría ser el deseado escenario

para el gran proyecto humano total, para la liberación total servida por todos desde especializaciones diferentes, sin pretensiones de actorías únicas y de vanguardismos fracasados⁶.

Postmodernidad lyotardiana como nueva cultura

La condición postmoderna lyotardiana descubre más escollos que salidas en esta crítica reconstructiva de la primera y de la segunda modernidad. Primero, porque las ciencias reconstructivas nacen con la impronta dejada en ellas por la racionalidad cognitivo-instrumental de los especialistas, que ahora entrarían a establecer consensos en torno a un mundo común de la vida demasiado tocado por el progreso material, por el gran capital, por los intereses inmediatos de la vida, al margen de un consenso que ni se pretende ni se da acerca de las propias convicciones metafísicas, religiosas o políticas. Y segundo, porque la teoría reconstructiva vendría a apuntalar a la razón moderna especializada, que ahora ya no podría subsistir sin los consensos y que llevaría a suponer que no hay ya realidades subjetivas legítimas, mundos de sentido y teleologías subjetivas de la acción, sino tan solo realidades consensuales comunes, con lo cual la subjetividad proclamada por la modernidad volvería a objetivarse y tornaría a diluirse. El imaginario de común referencia que Habermas con Husserl llaman *el mundo de la vida* bien podría no ser sino la sepultura de los imaginarios desobjetivados, libres y autónomos que fueron quintaesencia de los movimientos y del arte de vanguardia, de los librepensadores, de la narrativa moderna, del talante genuino de la modernidad⁷.

Posiblemente, entonces, la condición postmoderna se inscriba en esa dialéctica recurrente y continua del sujeto que busca la posibilidad siempre negada de ser sí mismo en experiencias autónomas y libres, sin los referentes dogmáticos y objetivantes de la ya superada premodernidad, pero sin las nuevas regulaciones y prisiones del espíritu que la misma modernidad impuso y dictaminó⁸. La jaula, de hierro o de oro, es jaula.

Tránsito desde los megarrelatos a la narrativa que se legitima desde la cultura particular

Porque, en efecto, tanto lo premoderno como lo moderno se han caracterizado por el discurso universal y universalizante, por los conceptos abarcantes, por los relatos englobantes, por las teologías y metafísicas de pretendido valor constante. Es que elucubrar y teorizar, como es lo propio de la modernidad, puede hacerse sin referencia a sujeto alguno particular, sin experiencias particulares y sin culturas particulares: elucubrar es abs-traer tiempos, espacios, concreciones, situaciones.

Los filósofos al unísono han demostrado la necesidad absoluta de la universalización y de la abstracción para que sea posible la ciencia rigurosa, pero los radicales de la modernidad y la condición postmoderna muestran bien que la universalización pone en su haber la objetivación del sujeto. Y que la objetivación del sujeto no era mala cuando fue fruto exquisito de la premodernidad, sino que es pésima cuando es fruto inesperado y no deseado de la modernidad. Es que la modernidad en su esfera económica capitalista ha sido radicalmente subjetivista, libertina y leseferiana hasta el paroxismo en la lógica escueta del mercado; y paradójicamente ha sido normativa y conductista, objetivista y casi neopositivista, en las esferas de los relatos y de las culturas.

Por centurias y milenios los relatos abarcantes y totalizantes de la creación, del paraíso perdido, del bien y del mal, de la redención se historizaron y se objetivaron porque la humanidad carecía de los recursos indispensables para la desmitologización de los textos y la liberación de los contextos. Esos relatos operaron como meta-relatos y como una especie de superestructura o mundo común de normativa y obligada referencia y percepción para toda particular existencialidad y subjetividad.

Aquello que resulta decepcionante para la condición postmoderna es comprobar que la modernidad, que proclamó la libertad con respecto a normatividades, metafísicas y dogmáticas, ha terminado por

erigir nuevas superestructuras negantes o paralizantes de la subjetividad y de la libertad, tales como los meta-relatos de la revolución francesa, de la revolución industrial o de la socialista, de los derechos universales del hombre o de la ideología capitalista o desarrollista. Son relatos sin referencia alguna a las culturas, porque son de todos y no son de nadie. Esos son relatos lo mismo africanos que europeos. Son relatos que carecen de experiencia o que objetivan y universalizan experiencias de algunos particulares.

Por ello son relatos ilegítimos, si por ilegítimo se puede definir cuanto no tematiza una experiencia y no pertenece a una cultura, sino precisamente a esa llamada cultura transnacional moderna que puede ser de todos a condición indispensable de que no sea de nadie. Sin ambigüedad alguna, la condición postmoderna repudia los meta-relatos, como repudia la ilegitimidad de los discursos transnacionales sin rostro ni referente, sin impacto en la transformación política y en la ética⁹.

De ahí que, a riesgo de ganarse desde ya el estigma de anárquica, desdeñosa de la ciencia rigurosa, relativista y antifilosófica por particularista, la condición postmoderna estimula la multiplicidad de centros de poder y de actividad, como para obstaculizar las pretensiones de normatividad totalizante y englobante que intente gerenciar todo el complejo campo de la actividad subjetiva y de la representación social. Ello abre espacio a los relatos plurales con referentes culturales y con enraizamientos concretos, desde los cuales se puedan quebrar las centralizaciones hegemónicas en la producción simbólica y se abra la oportunidad a los relatos no normados y propios de las marginalidades que la razón científica moderna expulsó de la fronteras de lo aceptable y tolerable¹⁰.

Con el rescate de las culturas, de la pragmática narrativa, de las concreciones y de las particularidades apunta a su eclipse el discurso ilustrado de la modernidad que haya sido exterior al hablante, no autoimplicativo y entonces ilegítimo. La condición postmoderna lyotardiana es consciente de que el discurso moderno comunica verdades (conocimiento, ciencia); pero escasas experiencias de vida desde el saber. Que la ciencia moderna establece vínculos científicos o mercantiles, pero no sociales y comunitarios. Que su lenguaje es enunciativo o declarativo o argumentativo o performático, pero no evocativo, proléptico, paralógico¹¹.

La acentuación postmoderna de la pragmática del saber, relegada y olvidada por la ciencia moderna de la razón ilustrada, es acento y enfatización también de la pragmática narrativa para despecho de la argumentación, demostración y sistematización en que estuvo demasiado ocupada la ciencia moderna¹². Quien narra está implicado en su narración; narra desde su cultura y desde su simbólica; legitima su discurso en la experiencia que narra y en aquello que piensa, sueña y ama; no alcanza su verdad por fuera de las tradiciones de su propia cultura; crea vinculación social y comunitaria; evoca y narra, no para imponer a otros su experiencia narrada, sino para invitar a la analogía de las experiencias múltiples y autónomas que puedan ser las experiencias de todos¹³.

Tránsito desde la polarización mercantil a las dimensiones holísticas de la condición humana

Es de sobra acertado, el señalamiento de Jameson¹⁴ a la modernidad en el sentido de haber separado la esfera de la economía de la esfera de la cultura. El haber contrapuesto la producción industrial al trabajo como realización y satisfacción. El haber funcionalizado el pensamiento en el altar de la economía. El haber alardeado del tiempo laborable para frenética producción con detrimento del tiempo libre, del ocio, de los espacios simples de ser y de estar.

Y en esa misma óptica de análisis de la esfera económico-cultural de la modernidad, Baudrillard¹⁵ alarga la mirada sobre el economicismo que ha objetivado todos los ámbitos de la existencia cuya finalidad pareciera ser producir, vender, comprar, poseer. El amor, la belleza, el sentimiento son objetos mercantiles en una cultura de masas y de medios masivos de comunicación. Todo lo humano es

producto en búsqueda de cliente y de mercado, en tanto que las técnicas modernas de comunicación ejercen inaceptable manipulación de la psicología de las masas para que la realidad total de la existencia venga a ser base objetiva y objetivada del comercio, del intercambio, de la producción, del capital. ¡En qué ha parado la soberanía innegociable de la subjetividad que amaneció en la alborada radiante de la modernidad!

La condición postmoderna en la sociedad de la informática, de la telemática y de la cibernética quiere ser cultura de resistencia a los medios de comunicación, convertidos en agentes vergonzantes del mercado. Ellos deberán ser vínculos culturales para el gozo y el disfrute. Mercado no de cosas, sino de signos. No de productos, sino de imaginación, de arte, de ensoñación, de apertura a lo gratuito, que es ámbito en el que acontece la mejor producción de lo humano. Si se ha procurado hacernos probar el producto por medio del mercado, el hombre postmoderno deberá atreverse a probar lo real por medio de lo imaginario, sin intentar aprisionar objetos, sino los signos y las imágenes de una existencia libre e imprevisible, rica y compleja. Es hora de lo estético, de lo lúdico y artístico, del tiempo libre de Momo para despecho del frenesí de los hombres grises que se alimentan del tiempo propio y del ajeno en los templos indecibles del tráfico y de la usura.

Además, las tesis del progreso ilimitado y sostenible, más para beneficio de unos que de todos, no podrá declinar su responsabilidad ante las técnicas que derrumban los bosques y las selvas, secan y contaminan los manantiales y los mares, aniquilan la flora y exterminan la fauna, agotan los recursos en aras de la producción incontrolada, tornan en pestilentes los ambientes rurales y ciudadanos, causan las irradiaciones mortíferas y los calentamientos atmosféricos, los huecos en las capas de ozono y el detrimento irreversible del planeta. La condición postmoderna acepta el reto del progreso posible y deseable, por el que la humanidad y su mundo puedan verse libres de las irrevocables amenazas de paisajes lunares y de atmósferas mercurianas.

Tránsito desde la crisis de las religiones históricas al fenómeno religioso incontrolado

Finalmente, el nuevo siglo, el nuevo milenio y el nuevo horizonte postmoderno no auguran, como piensan con su deseo los ingenuos, el gran retorno de la humanidad a la casa paterna de las iglesias premodernas, tras los días supuestamente aciagos de una modernidad descreída, indiferente, sacrilega y profana, causa nefanda a la vez que efecto inexorable de la muerte de Dios para resurrección blasfema del superhombre. No. Tampoco en el aspecto religioso puede suponerse que la postmodernidad equivalga a la estampida hacia los paternalismos y las teocracias, las dogmáticas y las ortodoxias, la verdad objetivada y la sociedad jerarquizada. Es contundente que la mañana de la postmodernidad coincide con una larga y profunda crisis de las iglesias históricas¹⁶, algo menos que refugiadas en sus cuarteles de invierno, sin muchas demostraciones de espíritu y de pensamiento para estimular y acompañar a la humanidad en las nuevas ascensiones del espíritu.

Desde hace tiempos las iglesias parecen no ser algo más que disquisición y controversia. Atención cíclica a una clientela fija y estrecha. Conservación tradicionalista de sentidos perdidos. Ritos que más sirven a la paz de los muertos, antes que a la estimulante generación de la vida presente y trascendente. Identificación del bien del mundo con las estadísticas de curias. Reparto de puestos y prebendas entre cabezas gobernantes y representantes, de espaldas al pueblo histórico y al cuerpo social. Exégesis gramaticales de códigos venerandos desde los cuales se pueda aprobar o improbar la marcha de la humanidad y los desarrollos de la historia, de las ciencias y de las artes. Fervorosa búsqueda de nuevos clérigos y miembros de ordenes y congregaciones, como si ahí comenzara o terminara la descomunal responsabilidad de la evangelización y del ministerio. Y, sobre todo, ratificación permanente de que las iglesias son hoy más refugios cómodos para los sumisos, antes que espacios estimulantes para los capaces.

Tal vez por todo ello, la postmodernidad coincide con la presencia sobrecogedora y la acción incontenible del Espíritu en el mundo, que sobrepasa toda barrera de iglesia histórica y toda forma preconvenida de lo religioso. Las formas religiosas mistericas, esotéricas, neognósticas, reencarnacionistas, milenaristas, pentecostales, carismáticas y naturistas, antes que vituperadas o condenadas deben ser saludadas como signos ensordecedores del paso del Señor y de su Espíritu por la coyuntura histórica de la postmodernidad. Es que Dios se revela en la historia y por la historia concreta de hombres y de mujeres. En toda la historia y en toda historia, más allá de los signos objetivos y normativos de su presencia y de su acción. La postmodernidad es religiosa, porque el Espíritu Santo de Dios es postmoderno con su presencia salvadora y su acción en la ciudad postmoderna, como fue premoderno en la ciudad medieval y como fue moderno en la razón ilustrada o en las praxis sociales para liberación de la gran miseria de una realidad inaceptable.

Las iglesias históricas en general, la Iglesia Católica en particular, tendrán puesto en la configuración de la nueva humanidad y en el nuevo horizonte de la postmodernidad en la medida en que, sin renuncias a sus pretéritos, quieran coincidir y servir al gran futuro de Dios que es el mismo futuro de la humanidad¹⁷ en un nuevo milenio imprevisible y misterioso, como misterioso e imprevisible es el Señor que lleva con su aliento poderoso los tiempos, los espacios, los mundos, los derroteros vertiginosos de la aventura humana por la historia.



CITAS Y COMENTARIOS

¹ "Nuestra hipótesis es que el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la edad llamada postindustrial y las culturas en la edad llamada postmoderna. Este paso ha comenzado cuando menos desde fines de los años 50, que para Europa señalan el fin de su reconstrucción. Es más o menos rápido según los países, y en los países según los sectores de actividad; de ahí una discronía general que no permite fácilmente la visión de conjunto. Una parte de las descripciones no puede dejar de ser conjetural. Y se sabe que es imprudente otorgar un crédito excesivo a la futurología", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 13

² "Se nos dice que el impulso de la modernidad está agotado. Cualquiera que se considere vanguardista puede leer su propia sentencia de muerte. Me temo que las ideas de la antimodernidad, junto con un toque adicional de premodernidad, se están haciendo populares en los círculos de cultura alternativa", HABERMAS Jürgen, **Modernidad versus Postmodernidad**, Revista Camacol 40, Bogotá 1989, 132.140.

³ HABERMAS Jürgen, **La Reconstrucción del Materialismo Histórico**, Taurus Ediciones, Madrid 1981; edición alemana de 1976

⁴HABERMAS Jürgen, **Conocimiento e Interés**, Madrid 1982

⁵ HABERMAS Jürgen, **Teoría de la Acción Comunicativa, Tomo II: Crítica de la Razón Funcionalista**, Ediciones Taurus, Madrid 1987

⁶ HABERMAS Jürgen, **Teoría de la Acción Comunicativa, Tomo II: Racionalidad de la Acción y Racionalización Social**, Ediciones Taurus, Madrid 1987

⁷ "La condición postmoderna es tan distante al desencanto como a la positividad ciega deslegitimizada. ¿Dónde puede residir la legitimación de los metarrelatos? El criterio de operatividad es tecnológico, no es pertinente para juzgar lo verdadero y lo justo. ¿El consenso obtenido por discusión, como piensa Habermas? Violenta la heterogeneidad de los juegos de lenguaje. Y la invención siempre se hace en el disenso. El saber

postmoderno no es, sin más, el instrumento de los poderes. Hace más sutil nuestra sensibilidad ante las diferencias y fortalece nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable. No encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores" LYOTARD, Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 10-11

⁸ "En el terreno personal y vital, sobre todo en el sistema de valores de muchas personas, en el arte y en la literatura se impone cada vez más otro concepto de sujeto y de subjetividad: La del **individuo mismo**, el cual, de acuerdo con la psicología humanista y su idea central de "autorrealización", hace de lo propio la medida de todas las cosas, el norte (aun a sabiendas de su fragilidad) del conocer, del obrar, del esperar: **el propio punto de vista** a la hora de conocer; **la propia conciencia** a la hora de actuar, **la propia biografía**, con su sensibilidad vital propia y su propio estilo de vida, a la hora de trazar un proyecto global.

Pienso que esta nueva postura básica, que tan decididamente antepone la propia individualidad particular, con su mundo de perspectivas limitadas, a la perspectiva racional universal, es el núcleo de lo que algunos diagnostican hoy como **postmodernidad**. Para nosotros es secundario saber si se trata realmente de una fase totalmente nueva **posterior** a la modernidad (como opina J.F. Lyotard) o de una nueva fase **dentro** de una modernidad, que se percata mejor de sus ambivalencias y contradicciones ("modernidad reflexiva"), KEHL Medar, **Adónde va la Iglesia: Un diagnóstico de nuestro tiempo**, Editorial Sal Terrae, Santander 1997, 26-27

⁹ "Desde Platón la cuestión de la legitimación de la ciencia se encuentra indisolublemente relacionada con la legitimación del legislador. Desde esta perspectiva, el derecho a decidir lo que es verdadero no es independiente del derecho a decidir lo que es justo, incluso si los enunciados sometidos respectivamente a una u otra autoridad son de naturaleza diferente. Hay un hermanamiento entre el tipo de lenguaje que se llama ciencia y ese otro que se llama ética y política: uno y otro proceden de una misma perspectiva o, si se prefiere, de una misma elección", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 23

¹⁰ "El científico se interroga sobre la validez de los enunciados narrativos y constata que éstos nunca están sometidos a la argumentación y a la prueba. Los clasifica en otra mentalidad: salvaje, primitiva, subdesarrollada, atrasada, alienada, formada por opiniones, costumbres, autoridad, prejuicios, ignorancia, ideología. Los relatos son fábulas, mitos, leyendas, buenas para las mujeres y los niños. En el mejor de los casos se intentará hacer que la luz penetre en ese oscurantismo, civilizar, educar, desarrollar. Esta relación desigual es un efecto intrínseco de las reglas propias a cada juego (de lenguaje). Se conocen los síntomas. Constituyen toda la historia del imperialismo cultural desde los comienzos de Occidente", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 56.

¹¹ "No ha sido posible en el marco de este estudio analizar la forma que toma el regreso del relato en los discursos de legitimación, tales como: la sistemática abierta, la localidad, el antimétodo y, en general, todo lo que nosotros reagrupamos aquí bajo el nombre de paralogía".

"Es preciso distinguir lo que es propiamente paralogía de lo que es innovación: ésta es controlada, o en todo caso utilizada, por el sistema para mejorar su eficiencia; aquélla es una "jugada" (en el juego de lenguajes), de una importancia a menudo no apreciada sobre el terreno, hecha en la pragmática de los saberes", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 109-110 y nota 211.

¹² "El saber en general no se reduce a la ciencia, ni siquiera al conocimiento. El conocimiento sería el conjunto de los enunciados que denotan o describen objetos, con exclusión de todos los demás enunciados, y susceptibles de ser declarados verdaderos o falsos. La ciencia sería un subconjunto de conocimientos. Pero con el término saber no se comprende solamente, ni mucho menos, un conjunto de enunciados denotativos, se mezclan en él las ideas de saber-hacer, de saber-vivir, de saber-oir, etc. Se trata, entonces de unas competencias que exceden la determinación y la aplicación del único criterio de verdad. No consiste en una competencia que se refiera a tal tipo de enunciados, por ejemplo, cognitivos, con exclusión de otros. Permite al contrario "buenas" actuaciones con respecto a varios objetos del discurso: conocer, decidir, valorar, transformar. De ahí resulta uno de sus rasgos principales: coincide con una "formación" amplia de las competencias y es la forma única encarnada en un asunto compuesto por los diversos tipos de competencia que lo constituyen. El consenso que permite circunscribir tal saber y diferenciar al que sabe y al que no sabe (el extraño, el niño) es lo que constituye la cultura de un pueblo", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 44-45

¹³"Hay una inconmensurabilidad entre la pragmática narrativa popular, que es desde luego legitimante y ese juego de lenguaje conocido en Occidente que es la cuestión de la legitimidad, o mejor aún, la legitimidad como referente del juego interrogativo. Los relatos determinan criterios de competencia y/o ilustran la aplicación. Definen así lo que tiene derecho a decirse y hacerse en la cultura, y como son también una parte de ésta, se encuentran por eso mismo legitimados", LYOTARD Jean François, **La Condición Postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid 1987, 50

¹⁴ JAMESON Frederic, Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism, en: **New Left Review** 146, 1984, 53-92. Sus análisis los tomamos de CONNOR Steven, **Postmodernist Culture: An Introduction to Theories of the Contemporary**, Basil Blackwell Ltd, Oxford 1989

¹⁵ BAUDRILLARD Jean, **Pour une Critique de L'Économie Politique du Signe**, Gallimard, París 1976

¹⁶ KÜNG Hans, **proyecto de Ética Mundial**, Editorial Trotta, Madrid 1990, 66-67. **Teología para la Postmodernidad**, Alianza Editorial, Madrid 1989, 145

¹⁷"El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y, a la vez, de su ser comunitario y social, es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente la conduce a través del misterio de la Encarnación y Redención", JUAN PABLO II, **Redemptor Hominis** 14, Roma 1979